

PATRIA Y LETRAS

REVISTA IBERO-AMERICANA

Ciencias y Artes—Historia y Literatura—Agricultura, Industria y Comercio

Director propietario: NICOMEDES MARTÍN-MATEOS

— SUMARIO —

Monumento histórico, por Juan Eloy Díaz-Jiménez.—La salvación de Rodolfo, por R. de Santa Ana.—Maternal, por Enrique Feyjóo.—Quintana como crítico, como poeta y como historiador, por el Conde de Doña-Marina.—La Ganadería, por Celedonio Rodríguez.—San Vicente de la Sonsierra.—De Madrid á Santander, por Vicente Henche y Yagüe.—El Ahorro en Bélgica, por C. L.—Reforma de costumbres en el siglo XVI, por Antonio Pareja Serrada.—El rosal más viejo del mundo.—Baturradas, por Alfredo Juderías.—La Sierra de Gredos, por R. de H.—Arboles sanitarios, por Tiberio Graco.—78.000 kilómetros en automóvil.

DE LEÓN

MONUMENTO HISTÓRICO

Al demoler el primer cubo del lienzo de muralla que, á partir de Puerta Castillo (antigua *decumana*) corre mirando al NO. hasta el ángulo que tras del convento de Religiosas descalzas, forma con el de saliente; el pico del obrero hizo saltar en pedazos un *cipo* de piedra caliza, en una de cuyas caras ostentaba abierta hermosa inscripción de caracteres latinos.

Recogidos y unidos cuidadosamente los tres únicos fragmentos que lograron salvarse, pusieron ante nuestra vista un curioso monumento honorífico-sepulcral erigido á la memoria de un soldado legionario de la VII *Gémína*, fundadora que fué de nuestra querida ciudad.

Bajo sencilla moldura aparecen trazados ocho renglones que integran la mutilada inscripción. Fáltanles, á unos, las palabras finales, á otros, las letras que los terminaban y á no pocos, los caracteres del promedio; pero restablecidas las dimensiones primitivas del campo de aquella y suplidas las palabras y letras que desaparecieron, hemos logrado reconstituirla, y con la fruición experimentada por semejante hallazgo, que bien podemos calificar de venturoso, damos, á los que aun gozan con los recuerdos del pasado, la lectura é interpretación de esta nueva página de nuestra historia esculpida en la dura piedra.

D	M
AVRElio	marci
ANO	Militi leg
VII	GEMiNaE
VIXIT	AN nos
XXXV.	POSTum
IA	MARceLLA
VXOr	marITO
PIEVtissimO	F C

Traducida al castellano dice así: *A los dioses manes. A Aurelio Marciano, soldado de la legión séptima gémína que vivió treinta y cinco años. Postumia Marcela, su mujer, cuidó de erigir (este monumento) á su piadosísimo marido.*

Hemos dicho que la lápida, á la vez que sepulcral, es honorífica, porque los nombres propio y gentilicio del legionario, á quien se dedica el recuerdo, están en dativo.

¿De qué tiempo es la inscripción? El examen de sus caracteres gráficos y de la forma en que se halla redactada, demostrará que, ni se remonta más allá de los últimos años del segundo siglo de nuestra Era, ni traspasa los límites de los primeros del tercero. El monumento consagrado á perpetuar la memoria de *Aurelio Marciano*, debió construirse en el lapso de tiempo transcurrido desde el año 193 al de 211, durante el cual imperó en Roma Septimio Severo.

Las letras parecen calcadas sobre las capita-

les que formaban el alfabeto de la escritura monumental usada generalmente en la época del emperador africano.

La prolongación de la O hasta el punto de afectar la forma ovalada; el trazo oblicuo de la R arrancando por bajo de la mitad del recto; el alargamiento de la S determinando la desigualdad de sus curvas, y sobre todo, la figura de la G con su remate redondo en dirección al interior de la letra y su extremo superior prolongado, son muestras fehacientes de la escritura epigráfica de los siglos II y III del Imperio.

Si estas consideraciones no se creen suficientes para fijar la época de la inscripción, bastaría para determinarla, con no escasa certeza, la manera con que en ella están escritos los nombres propios (*praenomina*), tanto de la oferente, como el de aquél á quien se conmemora. Los dos aparecen trazados con todas sus letras, y es por demás sabido que, hasta entrado ya el segundo siglo, se escribían en siglas ó en abreviaturas.

¿Cuándo y por qué vino nuestra lápida á revestir los macizos cubos que defendían la muralla que circundaba nuestra ciudad? La contestación es fácil para los que conocen la historia de este antiguo reino, segunda cuna de la reconquista. En el reinado de D. Alfonso V el Noble, á quien se debió la reparación de las murallas batidas por Almanzor y posteriormente aportilladas por su hijo Abde-l-Melik.

Hízose la reedificación allegando los cuantiosos materiales que proporcionaban los restos de edificaciones romanas, que por entonces aun existían dentro del recinto de la ciudad, y levantando la multitud de monumentos sepulcrales que se extendían á uno y otro lado de la calzada romana.

De la cerca, llamada vieja, se han arrancado la mayor parte de las lápidas que llenan las alas de la claustra baja del exconvento de San Marcos.

En las calles de León, no se ahonda el suelo para cimentar, ni se abre zanja para dar salida á las aguas, ni se derriba antiguo caserón, sin que se descubra algún resto que nos recuerde al pueblo rey; hecho que no debe extrañar si se considera que, en menos de un siglo, el campamento de la Legión VII Gémina, transformó en fuertes murallas sus trincheras, sus movibles tiendas en sólidos edificios, llenó de templos la ciudad y sobre la planicie más alta del campamento se levantaron orgullosas, por su fausto y grandeza, las termas construídas bajo el glorioso imperio de Antonio el Piadoso.

JUAN ELOY DÍAZ-JIMÉNEZ.

LA SALVACION DE RODOLFO

(HECHO VERÍDICO)

Había, hace ya bastantes años en una calle de las más principales de Madrid, por aquella época, una casa de préstamos, que ostentaba en un balcón una mezquina muestra con este letrero que más bien podía servir de mote que de título del establecimiento: LA HONRADEZ, y por bajo, como medio ocultas ó vergonzantes, estas terribles palabras: *Dinero sobre ropas y alajas...* La hache de alhajas la habían suprimido por economía, porque no cabía en la tabla, ó por falta de ortografía.

Los propietarios de aquella *casa benéfica*, eran dos viejecitos muy amables fuera del mostrador; pero cuando se hallaban dentro de las cuatro tablas que por mostrador tenían aparejadas, había que encomendarse á Dios y al diablo para solicitarles el menor favor.

Tenían estos dos hurones, por feliz contraste de la Naturaleza, dos hijas, preciosísimas, ilustradas, cariñosas, caritativas y con unos corazoncitos que no cabían en sus bien modelados bustos.

Aurora se llamaba la mayor y Encarnación la más pequeña; y en verdad que me da pena el pensar, que si me leen puedan molestarles mis palabras, por lo que de desprecio tengan para sus progenitores, que ya hace años deben gozar del descanso eterno, felizmente para aquellos que entre sus garras se dejaron pedazos de su cuerpo y de sus almas.

Por aquellos años, hacía furor en Madrid y en toda España, un novelista (cuyo nombre reservo por respetos fáciles de comprender) que al donaire de su genio y á su pasmosa fecundidad, unía, cosa natural, una carencia de metálico, aterradora, que le obligaba de ordinario á recurrir á prestamistas en busca de exiguas cantidades, que por manera alguna hubiera solicitado de su mejor amigo.

Pérez, llamémosle así, por llamarle de algún modo, era asídúo concurrente á la casa de préstamos LA HONRADEZ, donde siempre que iba, se pasaba las horas muertas charla que te charla, no sabemos si con el objeto de ablandar los corazones de los viejos, ó el de alguna de las niñas.

Publicaba entonces una novela que se repartía por entregas semanales, como casi todas las suyas, y que iban á la imprenta conforme las escribía Pérez.

A lo mejor, pasaban tres y cuatro semanas sin que se publicase un cuaderno y entonces era de ver la impaciencia que se apoderaba de los lectores, que esperaban ver salvada á la protago-

nista, ó castigados los crímenes del traidor de tanda.

La novela que á la sazón se publicaba, era una de las más interesantes de Pérez.

Un apuesto jóven, con el pecho abierto á las buenas obras y valor decidido contra todo lo que envolviese maldad, era el protagonista.

El último cuaderno (ya de los postreros), que lo dejaba en una angustiosa situación; confiscados sus bienes; su madre secuestrada por sus enemigos y á él víctima de una persecución inverosímil, le daba un carácter simpático, para todas las lectoras de aquella novela folletinesca.

En la última página publicada, Rodolfo, que este era su nombre, iba á caer en una emboscada, donde necesariamente perdería la vida. Así es lógico suponer con cuánto deseo se esperaba el desenlace, por los infinitos lectores de Pérez...

Pero volvamos á la casa de préstamos y allí nos hallaremos con nuestro novelista que pretendía convencer al prestamista de que le tomase un chaleco, que deseaba pignorar, única prenda de que podría desprenderse, pues las demás de tal manera estaban estropeadas, que á él mismo le daba vergüenza que se viesen de cerca.

—Ya le he dicho á V. que no es posible. Esto no vale nada.

—¡Cómo! ¡Si está nuevecito!

—Nada, que no es posible.

—Pero, D. Judas (este debía ser su nombre), siquiera un duro.

—¡Un duro! Se necesitaría estar loco para dar una peseta.

—Vaya, pues no disputemos más.

En este momento entra en el despacho la niña mayor, la que sin andarse en etiquetas y sin saludarle, le preguntó:

—¿Cuándo se publica el último cuaderno de su novela, Sr. Pérez?

—Señorita, cuando su padre quiera.

—¿Mi padre?

—Justamente: sin dinero no hay papel ni plumas, y como yo no tengo ni una cosa ni las otras, no la puedo terminar.

—¡Toma! Pues si no es más que por eso, mi papá se lo dará á usted.

El padre echa á su hija una mirada de terror.

—Señorita: le he rogado que me tomase este chaleco y él no quiere, por el fútil pretexto de que está deteriorado.

El prestamista no se atreve á articular palabra.

—Vamos, papá, tómaselo.

El padre masculla una frase ininteligible, al tiempo en que aparece su otra hija.

DON JUDAS.—Bueno, le daré una peseta.

PÉREZ.—¡Una peseta! ¡Buenas tardes! (*Hace como que se marcha*). No esperaba que se me insultase.

—DON JUDAS.—Señor Pérez, eso no es un insulto.

PÉREZ.—Señoritas, se quedan ustedes sin el final de la novela.

ENCARNACIÓN.—Y diga usted, Sr. Pérez, ¿se salvará Rodolfo?

PÉREZ.—Rodolfo morirá. (*Marchándose olímpicamente*).

AURORA Y ENCARNACIÓN.—¡Pobrecito! (*De pronto, como si á las dos las hubiera asaltado la misma idea, lo llaman*). ¡Sr. Pérez! ¡Sr. Pérez!

PÉREZ.—(*Desde la puerta*). ¿Qué desean ustedes?

AURORA.—¿Cuánto dinero necesita usted?

PÉREZ.—Cinco pesetas.

ENCARNACIÓN.—Pues cuente usted con ellas.

DON JUDAS.—¿Eh?

AURORA.—Pero con una condición.

PÉREZ.—Aceptada.

ENCARNACIÓN.—Que no maten á Rodolfo.

PÉREZ.—Se salvará.

Don Judas aflojó las cinco pesetas, pensando quizá que el haber contribuido á librar de la muerte á un individuo, había sido su primera obra de caridad en este mundo.

Y la última.

R. DE SANTA ANA.



SANTO DOMINGO.—Casa Consistorial

MATERNAL

I

Canta mi niño, canta,
ten alegría;
canta con el gorjeo
de la avecilla;
canta, mi vida,
que si cantar no te oigo
me moriría.

II

¡Ay de tí! si en el colmo
de tu alegría,
comprenderla pudieses
la pena mía,
y los dolores
que en el mundo te aguardan
¡angel de amores!

III

Lucharás como todos
la gran batalla;
verás las decepciones
que el hombre halla;
la envidia arde
y á aquél que no la afronta
le creen cobarde.

IV

Animoso, si luchas,
tu lado fuerte
muéstrale al que á tu alma
hiera de muerte;
luego... ¡perdona!
que el perdón ciñe al alma
áurea corona.

V

Mas... ¿lloras, niño mío?...
¿estás sufriendo,
ó es que tristes dolores
vas presintiendo?...
¡No llores, vida!
que tu llanto lacera
el alma mía.

VI

¡Canta angel mío, goza!
¡ríe, mi cielo!
que tu alegría colme
mi ardiente anhelo;
que mientras cantas
de tu inocente pecho
la pena espantas.

E. FEYJÓO.

QUINTANA COMO CRÍTICO, COMO POETA Y COMO HISTORIADOR

FUENTES.

Obras completas de D. Manuel José Quintana; Tomo XIX de la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra.—Dirigió la edición el mismo autor, siendo el único que en vida alcanzó el honor de ver incluidas sus obras en aquél gran monumento de la literatura castellana.

Trabajos sobre las fuentes.

De Quintana como poeta trató D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar, en su discurso de recepción, leído ante la Real Academia Española.

De Quintana como historiador, han tratado los señores D. Antonio Pirala y D. Antonio Sánchez Moguel en los discursos leídos ante la Real Academia de la Historia, en la recepción pública del Sr. Pirala (19 Junio 1892).

Hay también acerca de él una conferencia de Menéndez Pelayo, en el Ateneo.

Fué Quintana (y en esto están conformes cuantos críticos han tratado de él) un robusto y grandilocuente poeta. Nutrido y empapado en la lectura de los enciclopedistas del siglo XVIII perteneció en espíritu á aquél siglo, y el odio contra el fanatismo y la tiranía (encarnados para aquellos escritores en nuestra dulcísima madre la Iglesia católico-romana y en los monarcas austriaco-españoles del siglo XVI, sobre todo el prudente D. Felipe) hallaron en los versos de Quintana apóstrofes de gran energía é hicieron resonar con gran enojo las cuerdas de aquella lira. El amor á la patria, el amor á la libertad y el amor á la humanidad (entendido este amor de la manera filantrópica y sonsoniana) fueron los verdaderos inspiradores de este nuevo Jisteo que acertó á nacer en época en que la nación española desangrada y envilecida no por los monarcas austriacos sino por los afrancesados borbones y singularmente por el más inepto é incapaz de todos ellos, supo despertar de su letargo para luchar contra el invasor extranjero y sucumbir ante el odioso despotismo del paso, todo execrable, de Fernando VII. Natural era que entonces la libertad (entendida á la manera idealista y francesa de la Revolución, no á la manera castiza é insustituible de nuestra Edad Media) enardeciese los ánimos verdaderamente poéticos entre los cuales fuese injusticia negar á Quintana uno de los primeros puestos.

Como crítico literario, dejemos que le juzgue el mejor que ha nacido en España:

«La crítica de Quintana adolece de aquél género de exclusivismo propio de la crítica de los artistas, basada en instintos y propensiones individuales y en cierta manera de estética latente,

personal intransmisible que solo comprende y ama de veras lo que simpatiza con su propia inspiración. Así Quintana siente con extraordinaria energía el lirismo enfático y solemne de Herrera, ó la poesía nerviosa, arrogante y varonil de Quevedo, y aun tiene palabras de sincera estimación para el arte brillante y lozano de Valbuena y de Góngora en su primer estilo; pero siente con escasa intensidad, ó más bien no siente de ningún modo, la melancólica gravedad de las coplas de Jorge Manrique ó la casta serenidad de las estrofas de Fr. Luis de León, ó la ardiente efusión mística de las de San Juan de la Cruz, ó la austera y censoria disciplina moral de los hermanos Argensolas. Los elogios harto mezquinos que tributa á estos autores, más bien parecen arrancados por su deber de colector ó por deferencia al gusto público, que por íntimo y personal sentido de sus peculiares bellezas, y contrastan, además, por lo seco y desabrido del tono y por las atenuaciones y reticencias, con las alabanzas que muy literalmente prodiga á otros ingenios de calidad muy inferior, especialmente á los poetas del siglo pasado con quienes su indulgencia llega á parecer parcialidad si bien simpática y disculpable por afectos de amigo y de discípulo.»

De todas maneras es muy digna de elogio su *Colección de Poesías selectas castellanas*, publicada por primera vez en 1807, y reimpressa con grandes aumentos, correcciones y notas críticas en 1830 por haber llamado la atención del gran público—en cuyas manos anduvo desde luego la Colección—hacia nuestros grandes autores por aquellos años completamente desconocidos.

Como historiador hoy le negaríamos tal título, pues desconoció ó no quiso practicar la investigación paciente, laboriosa y crítica que constituye el principal trabajo de la Historia. Pero no por eso hemos de olvidar que en sus *Vidas de los Españoles Célebres* (que comprenden las del Cid, Guzman el Bueno, Roger de Lauria, Príncipe de Viana, Gran Capitán, Vasco Núñez de Balboa, Francisco Pizarro, D. Alvaro de Luna y Fr. Bartolomé de las Casas) supo dejarnos nueve estudios llenos de amenidad, escritos con facilidad y corrección castiza, aprovechando muy diestramente los estudios é investigaciones de los que le precedieron, libro lleno de grandes enseñanzas y que convendría hoy más que nunca leer dado el raquitismo y empequeñecimiento de los caracteres contemporáneos.

EL CONDE DE DOÑA-MARINA.

LA GANADERIA

El cultivo y la ganadería, irreconciliables enemigos en otros tiempos, son hoy compañeros inseparables que no podrían vivir sin el auxilio mutuo que se prestan.

El gran consumo de abonos comerciales, las prácticas de buscar en las cosechas enterradas en verde de la materia orgánica que necesita el suelo, parecen tendencias opuestas á la unión de la ganadería y el cultivo, y nada más lejos de la realidad; cada vez se hace más precisa la unión de esos dos factores que son la base de la agricultura racional.

La ganadería no puede permanecer estacionada al lado de un cultivo que se transforma de un modo radical; cambia porque la conveniencia lo aconseja y la necesidad lo impone, al mismo tiempo que la agricultura, auxiliándose eficazmente en sus respectivas mejoras.

El aumento de terreno laborable, resta considerables extensiones á los pastos, y el ganado sometido á ese régimen disminuye solo por ese concepto en la proporción que aumenta el cultivo. Si otras razones no la impusieran, la transformación de la ganadería tendría en ese motivo su principal origen.

El pastoreo tiene pocas necesidades, los animales explotados por ese sistema adquieren por precisión una rusticidad casi salvaje; pero esos ganados que solo en determinadas épocas tienen una alimentación suficiente, que por el movimiento y la intemperie consumen gran parte de lo que digieren, aprovechan mal lo que comen, necesitan mucho tiempo para desarrollarse; son unas máquinas que despilfarran más de lo que aprovechan y en buenos principios económicos no conviene tenerlas, más que en determinadas circunstancias poco armónicas con las tendencias modernas de la explotación del campo.

Vive además la ganadería con un cultivo avaro de todo elemento de riqueza, que los busca hasta en las regiones más apartadas y los considera como su principal apoyo y no puede mirar con indiferencia que los abonos que esos animales producen se pierdan, en su mayoría, por el campo sin utilidad inmediata.

El pastoreo desaparece y le sustituyen la estabulación y los sistemas mixtos. El ganado es hoy como la tierra una máquina de transformación, tanto más útil cuanto da en menor tiempo mayor producto con menor gasto, cuanto mejor utilice lo que consume elaborando leche, carne, lana, etc., á mejor precio. Esos animales no pueden andar todo el día buscando una alimenta-

ción insuficiente; necesitan tenerla segura en proporción á su peso y á su producto.

Hay leyes generales de diversa aplicación, pero apoyadas en iguales principios. Los motores que hoy merecen la preferencia de la industria son aquellos que utilizan mayor fuerza, economizando rozamientos ó pérdidas de calor, y el resumen de sus ventajas se traduce por el precio de la unidad de trabajo, siendo mejor el que la facilita más barata. El mismo criterio sirve para juzgar los animales; la perfección de una raza se distingue por el precio á que paga las raciones, ó para explicarlo más claro, por el precio del kilo de carne ó del litro de leche; la que lo produce á mejor precio es la más perfecta.

Esas razas, ni se obtienen, ni se conservan, y mucho menos pueden explotarse económicamente sin una alimentación abundante, y la agricultura tiene que dedicar una buena parte del terreno cultivado á producir los piensos que esos animales necesitan.

Aplicando procedimientos idénticos á los empleados en la selección de las semillas, la selección de los animales hecha con los mejores tipos y con abundancia de alimentos, necesita de esa misma riqueza de alimentación para conservar las razas.

La intensidad del cultivo, basada en la producción de forrajes y en las plantas industriales cuyos residuos sirven de alimento al ganado, sostienen la riqueza pecuaria que á su vez devuelve á la tierra en abundancia los elementos fertilizantes que necesita.

Los alimentos concentrados juegan idéntico papel que los abonos minerales; completan las raciones enriqueciendo los alimentos herbáceos, así como los abonos químicos enriquecen los estiércoles producidos por el ganado.

No hay nada casual en agricultura: la armonía que entre esos elementos resulta obedece á las mismas leyes; son consecuencia de las teorías de la alimentación, aplicada á las plantas y á los animales.

El labrador á la moderna, en vista del análisis de su suelo, calcula los elementos químicos que la cosecha ha de encerrar cuando se recolecte, y busca esos elementos en la forma más fácilmente asimilable, partiendo de la materia orgánica que los detritus del reino vegetal y los abonos animales proporcionan.

El ganadero que explota con arreglo á las prácticas modernas, parte para sus cálculos del peso vivo de los animales, de los productos que elaboran, busca los elementos digestibles que la ración debe encerrar, y los encuentra en primer término, en los forrajes que el campo facilita di-

rectamente y en los alimentos concentrados producidos en la misma granja ó adquiridos del exterior.

Al unirse ambos problemas, el de la alimentación vegetal y el de la alimentación de la ganadería, vienen á constituir uno solo con fórmulas precisas, cuya solución satisface por igual á cualquiera de ellos aisladamente.

La ganadería no es solo indispensable para el cultivo, sinó que es el mejor medio de utilizar y de poner en circulación los productos del suelo y el medio más práctico de enriquecerlo.

Por esas razones, la síntesis del progreso agrícola hasta hoy realizado, se traduce en la unión íntima de esas dos ramas de la producción. Esa es la tendencia, esas son las orientaciones convenientes, pero esa es al mismo tiempo la evolución completa y radical de los antiguos sistemas, y no se trasforma la agricultura de un pueblo sin el concurso del tiempo y sin un trabajo activo bien dirigido.

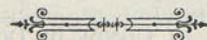
La razas perfectas no se consiguen con épocas de escasez, en las que perece el ganado diezmado por el hambre; pues ni aunque se importen, pueden perpetuarse sujetas á esos rigores.

El perfeccionamiento es consecuencia de la abundancia y la degeneración es consecuencia de la miseria; la prosperidad de la ganadería es hoy imposible sin un cultivo que la sostenga y á su vez el cultivo no alcanza la superioridad necesaria sin el auxilio eficacísimo del ganado.

A tal extremo este auxilio se considera necesario, que en las estadísticas figura en primer término el número de kilogramos de carne que los diversos países sostienen por hectárea y se aprecia ese dato como decisivo para juzgar de su prosperidad agrícola.

El modo de alcanzarla cuando la superficie de pastos disminuye y no se puede buscar en las grandes extensiones y en el cambio de comarcas, alimento y clima adecuados á las estaciones, solo se puede encontrar en el cultivo, y en esa dirección deben encaminarse los esfuerzos de los ganaderos para conseguir una prosperidad que de otro modo es cada día más difícil encontrarla, aun reuniendo, como se reúnen, base en los tipos que constituyen nuestras razas indígenas, susceptibles para crear una ganadería á la altura de las necesidades sociales y económicas de la época.

CELEDONIO RODRIGÁÑEZ.



La temperatura de las subzonas más altas se caracteriza por la irradiación calórica que aun á temperaturas frías del aire se manifiesta de un modo enérgico. La causa de esta excesiva irradiación, debe buscarse por una parte en el menor espesor de la capa atmosférica, que cubre un paraje situado á gran altura, y por otra en el descenso de la cantidad de vapor acuoso. Además la atmósfera no absorbe á estas alturas más que el 12 por 100 de rayos calóricos, dando por resultado un notable contraste entre la temperatura del suelo y la del aire y entre la de éste al sol y á la sombra. Durante el día, el calor del suelo llega hasta el doble del de la atmósfera y por la noche sucede lo contrario; el enfriamiento considerable del suelo producido por la irradiación contrasta de una manera notable con la temperatura relativamente elevada del medio ambiente; igualmente la temperatura al sol tomada en el vacío puede llegar á superar en 40° á la de la sombra.

Zonas españolas similares por su temperatura

Consultando el mapa, térmico de las isotermas reales de 4 en 4° formado por la Comisión forestal Central de España, veremos que las subzonas climatológicas descritas, pueden equipararse por su temperatura media anual á las siguientes:

La subzona cálida-templada, á una estrecha faja de litoral de las provincias de Levante, hasta el cabo de La Nao; las planicies de Alicante, Murcia, Almería, Granada, Málaga, hasta la altitud de 500 metros; toda la provincia de Cádiz, excepto su parte Norte; toda la de Sevilla excepto la cuenca inferior del Guadalquivir y una pequeña extensión de Sierra Morena, perteneciente al partido de Cazalla de la Sierra; los grandes llanos de Córdoba y Jaen á uno y otro lado del Guadalquivir; toda la provincia de Huelva, salvo su porción meridional y las sierras de Aracena y Picos de Aroche; toda la Extremadura española, menos la mitad superior de la cuenca del Alagón y las altas regiones de las sierras de Altamira, Villuercas, Logrosán y puerto de Miravete; de la provincia de Toledo, las suaves praderas y planicies de los valles del Alberche y Tajo hasta Talavera de la Reina y de la provincia de Ciudad Real, una estrecha faja á lo largo del Guadiana que se interna hasta la estepa de Castilla. Teniendo en cuenta que estas regiones se hallan comprendidas entre los 16 y 20°, hay que eliminar para que la comparación resulte exacta, toda la zona de las mismas que se encuentren por bajo de 325 metros de altura, que alcanza el Tietar al suroeste del partido.

Disfrutan una temperatura media, igual al conjunto de las dos subzonas, templada y fría-templada, las regiones siguientes:

En el Mediodía de España todas las mesetas de Málaga, Jaen, Granada, Almería, Murcia y Alicante, y las faldas de los diversos grupos de sierras hasta la altura de 1300 á 1400 metros aproximadamente; en el oriente desde el cabo de La Nao hasta el de Creus; la mayor parte de las provincias de Valencia, Castellón de la Plana, Tarragona, Barcelona, Gerona y una gran faja de la cuenca del Ebro en las provincias de Logroño, Pamplona, Zaragoza, Huesca y Lérida, excepto el litoral de las provincias marítimas y las altas regiones de unas y de otras superiores á la altitud aproximada de 700 metros; en el norte, toda la costa Cantábrica hasta la altura de 500 metros y lo mismo de las provincias gallegas, incluyendo los valles del Miño y del Sil; en el occidente, la mayor parte de la provincia de Zamora en sus grandes cuencas del Duero y del Esla, la de Salamanca en el valle del Tormos y en toda su región del poniente, la de Cáceres en toda su región septentrional, faldas meridional de la sierra de Gata, partes altas de las cuencas del Alagón y coronas de los cerros las Villuercas en Logrosán; las de Badajoz y Huelva, solamente en las cumbres de Sierra Morena; en el interior, toda la provincia de Ciudad Real, excepto el valle del Guadiana, la de Albacete, salvo las faldas de las sierras de Alcaraz de 100 metros en adelante; toda la de Cuenca, menos la serranía del mismo nombre de 800 metros para arriba; la de Toledo descontando el valle del Tajo, desde Talavera de la Reina hacia abajo; las de Madrid y Guadalajara, excepto las vertientes de la Cordillera Central y del Grupo Ibérico de 1000 metros arriba; de la de Teruel, las caídas del Ebro inferiores á 800 metros de altitud y las llanuras de Segovia, Ávila y región suroeste de Valladolid.

La subzona fría tiene igual temperatura media que las provincias de Castilla la Vieja, las regiones de todas las provincias del Cantábrico y de los Pirineos, desde 500 metros á 1200, las regiones superiores de las de Ávila y Segovia, las de las Cordilleras Central é Ibérica, comprendida entre 800 y 1400 metros, y las de las sierras de Alcaraz, Segura, Baéza y Sierra Nevada, desde 1200 á 1700 metros.

La subzona muy fría puede equipararse á las vertientes de la Cordillera Septentrional, comprendidas entre 1200 y 2000 metros, las de la Central é Ibérica, desde 1400 á 2100 metros y las de la Penibética desde los 1700 á los 2500 metros.

A la subzona ártica se asemejan las cimas de la Cordillera Pirenaica, superiores á 2000 metros, las de la Penibética por encima de los 2500 y las de la Carpeto-Vetónica que pasan de los 2100 metros.

Lluvias

Antes de estudiar las condiciones en que se presentan las lluvias en el partido, describiré las generales que presiden á la formación de tal meteoró. Sabemos que toda capa aérea, cuyo contenido de vapor acuoso excede del punto de saturación, tiene que dejar caer forzosamente cierta cantidad de gotas ó gotillas que no son sino la nube misma. Si el aire estuviese perfectamente tranquilo, esas precipitaciones de humedad se verificarían siempre de una manera lenta y continua, y entonces la niebla cubriría toda la tierra que nunca sería regada por lluvias copiosas. Pero en casi todos los países del mundo alternan los nublados y aguaceros con el buen tiempo, gracias á los vientos que se encuentran en el espacio y que mezclan de diversas maneras el aire y la humedad; ellos son los que despejan la atmósfera del sobrante de vapores y los que producen esas lluvias repentinas, sin las cuales sería mucho menos rápida la circulación de las aguas en la superficie del globo, y mucho menos activo por lo tanto, el movimiento general de la vida.

En efecto, cuando chocan y se mezclan dos masas aéreas desigualmente caldeadas, baja de pronto la temperatura de la más cálida, y como entonces disminuye su capacidad para el vapor, la humedad que contiene debe precipitarse en forma de lluvia. Es verdad que en cambio el viento más frío se calienta y satura de mayor cantidad de vapores; pero no hay compensación, porque el punto de saturación de las capas aéreas no es exactamente proporcional á las temperaturas; si las dos masas adquieren al mezclarse una temperatura intermedia entre los dos extremos, la capacidad para el vapor acuoso es relativamente inferior á esa temperatura media. De ahí la precipitación que suele producirse en el instante del conflicto de los vientos, y sobre todo, al mezclarse los contralisios ecuatoriales, completamente cargados de humedad, con los fríos procedentes del Polo. Entonces es cuando se vé amontonarse las nubes en el cielo tan rápidamente, que en algunas horas lo ocultan por completo para desplomarse de pronto deshechas en violentos chaparrones.

Ahora bien: los vientos más húmedos que penetran en la Península, proceden todos del Atlántico, de manera que antes de llegar á este partido tienen que atravesar: los procedentes del norte y noroeste, la Cordillera Cantábrica y la gran meseta castellana; los que proceden del oeste, las montañas de Portugal y los del sur y suroeste la cordillera Penibética. Así es que, aun cuando salgan del Océano saturados de vapores, se van

desprendiendo de ellos en aquellas regiones, dejando únicamente para esta los que no han podido condensarse por la mucha velocidad, ó por la altura á que corren. De aquí que no sea aplicable á esta región el promedio de aguas pluviales que Keith Johnston ha encontrado para Europa, de 575 milímetros en los terrenos llanos y un metro 300 milímetros en los montañosos. Hay además otra causa que impide á los vientos del oeste, dejar á su paso la mucha humedad de que vienen impregnados, debido á la distancia relativamente corta que tienen que recorrer: esta causa es la dirección de la sierra de Gredos, paralela á la de dichos vientos, los cuales, pasan por decirlo así, de largo sin hacer más que rozarla. Únicamente los del sur y suroeste son los que dejan la mayor cantidad de agua, por que chocan directamente con la vertiente meridional de la sierra, y se enfrían al mezclarse con la atmósfera de la misma. Los del norte, despues de atravesar las dos terceras partes de España, sueltan el poco vapor acuoso que contienen, en la vertiente septentrional.

De lo dicho anteriormente se desprende que la sierra de Gredos es el verdadero generador, no solo de la nieve sino del agua meteórica que cae en esta región. En efecto, como las nubes más densas flotan casi siempre á una altura considerable, las lluvias más copiosas caen por lo comun sobre las vertientes de la misma. Las masas húmedas, impelidas por el viento y solicitadas juntamente por esa fuerza de atracción que desvía la plomada en las inmediaciones de las grandes montañas, chocan contra los fríos peñascales que se yerguen al traves de su camino y se deshacen en agua; los barrancos y las gargantas se llenan, mientras que las nubes aligeradas remontan las faldas y salvan la sierra por los puertos abiertos entre las cumbres. Es un fenómeno que puede observarse facilmente desde un cerro avanzado, cuando corren arremolinadas por el cielo nubes tempestuosas en dirección á los montes situados á su altura. Aun en los montes en que en el valle inferior no cae una gota de agua, inúndanse las laderas de los mismos y se hinchan los torrentes; las nubes que llegan aglomeradas en masas negruzcas ó cobrizas, tan compactas al parecer como la roca ó el metal, desaparecen reducidas á ligeros vapores grises; mucho tiempo despues de su paso aun se ven humaredas transparentes adheridas á las malezas y á las copas de los árboles: es el exceso de lluvia que se evapora.

Entre las causas que determinan esa mayor precipitación de humedad en las montañas del distrito que en los valles situados á sus pies, debe contarse igualmente la diferencia de temperatura que existe por lo común entre las cimas de

dichas montañas y la atmósfera circundante. Durante el día, las laderas expuestas al sol se calientan más que el aire ambiente, al menos en tiempo de calma, pero en las sombrías depresiones permanecen generalmente mucho más frías, y su contacto con las capas atmosféricas enfriándolas de repente hace caer la lluvia. Durante la noche, y en todo tiempo cuando sopla el viento con violencia, los ángulos salientes de la sierra se enfrían á su vez mucho más que las gargantas abrigadas, y ellos son entonces los que se encargan de condensar las nieblas produciendo las lluvias. Á menudo se ven las altas cimas de la sierra envueltas en brumas ó humeando como volcanes, en medio de un cielo azul perfectamente despejado; esas nubes hallábanse en el aire tibio reducidas á vapores invisibles, pero el frío contacto de las rocas ó de las nieves, es el que ha revelado súbitamente su existencia. La cima de la sierra advierte así á los habitantes del valle, que la atmósfera está saturada de vapores, y sirviéndoles de indicador meteorológico les anuncia un próximo cambio de temperatura. Del mismo modo cuando en tiempo de calma ó con ligera brisa del sur, se ven asomar nubes negruzcas al suroeste por encima de los montes de Toledo, puede asegurarse un aguacero próximo.

La mayor frecuencia de las lluvias se observa en el invierno; sigue la primavera y luego el otoño. Sin embargo, desde hace algunos años se viene notando una disminución en la cantidad total de agua caída durante el año, fenómeno que es general en el Mediodía y centro de Europa, y que en gran parte se debe á la disminución del arbolado.

Tomando por punto de comparación la cantidad de lluvias (como se hizo al estudiar la temperatura), puede asimilarse la zona templada del partido, de escasas lluvias á las regiones siguientes: la mitad septentrional de la provincia de Almería y la occidental de Murcia y Alicante; toda la de Granada, salvo las sierras de Castril y otras colindantes con la de Cazorla; la Extremadura alta y baja; la Andalucía baja, excepto el litoral del Atlántico; la meseta de Castilla la Nueva hasta la altitud de 1000 metros en la vertiente meridional de la cordillera del Guadarrama: el Reino de Valencia, la cuenca inferior del Ebro y la casi totalidad de las provincias de Zamora, Valladolid y Salamanca.

La zona fría de regulares lluvias, es equiparable al litoral atlántico, desde Tarifa á Ayamonte, desembocadura del Guadiana; las regiones montañosas de las cordilleras centrales desde 1000 metros arriba; el litoral mediterráneo desde Barcelona al Cabo de Creus; el alto Aragón, Navarra

y la Rioja; la Cataluña Pirenáica, gran parte de la cuenca del Duero, formada por las provincias de Soria, Burgos, León y región elevada de Palencia; la región montuosa de Jaén, en particular las sierras de Segura y de Cazorla.

Humedad atmosférica y evaporación

La humedad se traduce por la formación de nieblas muy densas durante el invierno y estaciones intermedias; se presentan despues de las fuertes lluvias, si la atmósfera está en calma. Como el subsuelo es de naturaleza granítica, las aguas meteóricas no pueden penetrarle intimamente, quedando detenidas á través del suelo que se encuentra de este modo por ellas. En tales condiciones las capas inferiores del aire se enfrían durante la noche, y disminuyendo su capacidad para la absorción del vapor acuoso, este sobrepasa el límite de saturación y se condensa produciendo la niebla. Por eso se la ve aparecer á las mañanas extendiéndose por el valle y laderas de los montes hasta más de los 1000 metros de altura; durante el curso del día se calienta por la acción de los rayos solares, y desaparecen en todo ó en parte absorbida por el aire que aumenta entonces su capacidad de recepción. Otras veces bajan de las cumbres de la sierra corrientes de aire frío que, pasando á cierta altura retienen la niebla varios días.

La evaporación es muy abundante en todo tiempo, produciéndose en el invierno con los vientos del norte y nordeste que son los más secos, y en verano con el aumento de temperatura, siendo más activa en las cuencas profundas durante el invierno y en las superficiales durante el estío.

Vientos

La característica de los vientos, es su frecuencia y variabilidad; en general puede decirse, que en la parte alta del valle dominan los del norte y nordeste, y en la baja los del noroeste y sudeste. Los primeros azotan con gran fuerza las porciones del valle situadas frente á los puertos, en las cuales penetran las masas de aire que, al ser fuertemente comprimidas por las eminencias laterales de la sierra duplican su velocidad. De los segundos, el del noroeste, cuando se presenta en verano, es especialmente temido de los labradores: en efecto, siendo ya templado desde el origen, aumenta su temperatura al atravesar la gran meseta de Castilla la Vieja, fuertemente caldeada; y despues que se desprende de la poca humedad que trae en la vertiente septentrional de la sierra, penetra en el valle completamente seco y bochor-

noso, haciendo irrespirable la atmósfera y agotando los sembrados.

En este valle como en todos los situados al pie de altas montañas, se presentan en el verano brisas alternadas, semejantes á las de las costas, pero con menos intensidad. Durante el día, cuando las cumbres de la sierra están expuestas á toda la intensidad de los rayos solares y reciben gran cantidad de calor que aproxima su temperatura á la del valle, el aire que reposa en las cúspides se dilata y eleva; pero el aire que se extiende al pie de la sierra, se dilata al propio tiempo en mayor proporción, de modo que en todos los vallecitos y escarpados se produce una corriente ascendente desde la falda hasta las cumbres. Por la noche ocurre á la inversa: las altas cimas pierden calor por la irradiación nocturna más rápidamente que los valles; las capas de aire que las rodean se enfrían y vuelven á bajar hacia los campos de donde habían subido algunas horas antes. Así se establece entre las dos zonas un flujo y un reflujo, una marea atmosférica ascendente y descendente, cuya intensidad depende de las variaciones de la temperatura. Por lo común la brisa ascendente comienza desde las diez de la mañana, siendo casi imperceptible; la descendente se siente ya de una manera ostensible desde las nueve de la noche en las subzonas templada y cálida-templada y desde las cinco en la subzona fría-templada.

Tensión eléctrica

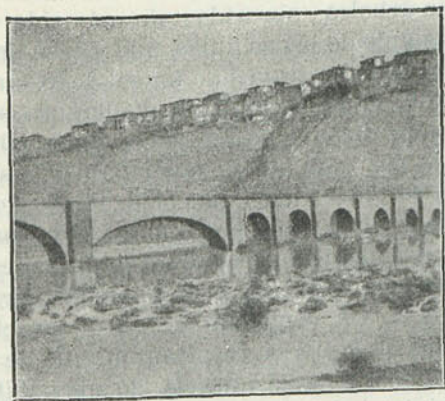
En las dos subzonas mas altas se originan desde Mayo á Octubre todas las tormentas que luego se extienden por las provincias de Ávila, Cáceres y Toledo. En efecto, sabemos que la condensación y precipitación del vapor acuoso van acompañados siempre de fenómenos de electricidad; pero esa fuerza poderosa que incesantemente se agita en la superficie del globo, no se manifiesta de una manera visible en las lluvias ordinarias, que apenas turban el equilibrio atmosférico. Solo cuando el calor del sol y el aumento del vapor de agua en la atmósfera facilitan el desprendimiento de electricidad, se hinchan y dilatan rápidamente las nubes, redondeándose en forma de inmensas cúpulas; la temperatura desciende en consecuencia varios grados, hasta que el suelo y las diversas capas de aire recobran su equilibrio de tensión, merced á violentas descargas acompañadas de exhalaciones. Estas condiciones tienen lugar cuando los grandes *cúmulus* (en los cuales se originan las nubes tempestuosas y que por lo general se presentan entre los 1500 y 3000 metros), chocan en su marcha con los altos macizos de la sierra de Gredos.

Aparecen casi siempre por la tarde, obedeciendo á una periodicidad diurna ya demostrada por Volta para la Europa Occidental, y se presentan generalmente hacia el oeste y suroeste, lo cual es debido á la mayor proximidad del Océano Atlántico, en cuya enorme cuenca de evaporación se forman las nubes tempestuosas.

De los estudios meteorológicos hechos en Francia por Becquerel, resulta probado que la mayoría de las tormentas subalternas siguen regularmente el curso de los Valles, á la manera de otros tantos ríos de aire sobrepuestos á los de agua que corren debajo. Este hecho se comprueba lo mismo en la cuenca del Tietar que en los Valles secundarios circundados por las altas estribaciones de la sierra, como sucede en el del Barranco. El observador situado en este Valle, puede seguir paso á paso el sucesivo desarrollo de una tormenta: la verá aparecer por el oeste, hacia Gredos; extenderse luego en dirección al sur, atravesar este siguiendo el curso del Tietar y correrse al este por encima de la sierra de San Esteban hasta encontrar otra vez á la de Gredos, quedando rodeado el citado valle de un alto círculo de fuego, que así puede llamarse, sin eufemismo alguno.

Atravesando aún dentro del partido, regiones distintas en cuanto á los accidentes del suelo, naturaleza del terreno, vegetación y clima, pasan las tormentas por bruscas oscilaciones de calma relativa y de exasperación. Así, mientras en un punto retumba el trueno incesantemente, en otro destruye las cosechas una granizada; en tal parte las nubes no vierten mas que lluvia, y en otra el viento se lleva las nubes desgarradas sin que caiga una sola gota de agua.

Sin embargo, por bajo de los 800 metros, son raros los efectos desastrosos de las tormentas, y menos en los lugares situados al pie de la sierra ó de sus estribaciones. En cambio por encima de esa altura son cada vez mas frecuentes, como sucede en todos los grandes salientes del relieve terrestre, donde por lo general se chocan y condensan en agua las nubes, y donde tambien estallan las descargas eléctricas; de ahí el dicho tan general en todos los pueblos de que «los montes atraen el rayo.» Además, las rocas aisladas y puntiagudas detienen obrar como otros tantos pararrayos naturales, y están más expuestos por consiguiente á recibir las exhalaciones que las partes inferiores; cuando caen en estas, es por lo común durante las tormentas que podemos llamar silenciosas, ó sean aquellas que, presentándose poco imponentes pasan casi desapercibidas, causando, por lo mismo, más desgracias, pues los caminantes, pastores y trabajadores del campo no conceden importancia á la nube y continúan sus ocupaciones.



Famoso puente de piedra

SAN VICENTE DE LA SONSIERRA

Antiguos *Berones* de los que aun subsiste el nombre de «Briones», eran los pobladores de esta región cuando la conquistaron los romanos.

Se cree, con fundamento, que el nombre primitivo de San Vicente fué el de *Abtica* ó *Abeica*, convirtiéndose después en *Abalón* ó *Abalos* y por último, al reconquistarlo de los árabes el rey de Pamplona D. Sancho Abarca, que en el año 935 «pobló la villa de Logroño é hizo el Castillo ó Cortijo de San Vicente»; le dió este nombre, bien porque lo tomase el 22 de Enero, bien por devoción al santo, bien por otro motivo desconocido.

En las cercanías de este pueblo se encuentran restos de iglesias bizantino árabes, con inscripciones romanas embutidas en las paredes, que marcan la época Fernán González, cuando se repoblaron de cristianos.

No es muy posterior el primitivo puente sobre el Ebro construido, según el historiador Piscina, por el rey Don Sancho Garcés IV.

DE MADRID A SANTANDER

Inquieta caravana veraniega expulsada por los ardientes rayos del sol estival madrileño, preludia en los andenes de la estación del Norte alegrías errantes de vida andariega que fecunda en el alma anhelos bohemios de errabundo vivir en un clamoreo de ilusiones viajeras.

Por la claraboya acristalada que rasga la techumbre en un jirón blanquecino, la hora postrera de la tarde vierte serenas é invisibles vibraciones de una luz tibia, manchada por las columnas de humo que las locomotoras elevan á los cielos como gigantes pebeteros encendidos por la llama sagrada, iluminadora y brillante del progreso. El tren, quietamente sostenido sobre la paralela de su vía, absorbe en sus coches los de-

seos errantes del mundo viajero que asoma sus caras por las ventanillas para esperar tranquilamente la hora de partir. La campana tintinea sonés de marcha, imperativos, avisadores. La máquina, acariciada por la experta mano del maquinista, da al viento un ronquido de fiera despertada, acallado por un silbido estridente, conmovedor, impresionante, que cristaletea en la transparente techumbre con tembloroso golpeteo. La línea de coches cruje, rechina al empuje arrastrador de la locomotora, que empenacha su acerada cabeza con una nube de humo y fuego semejante á rizosa cabellera negruzca peinada por el viento, para resbalar sobre los rieles, lenta, majestuosamente, con esa lentitud mayestática de las cosas serenas, poderosas invencibles.

Dorados resplandores de un sol que se extingue, iluminan la marcha acelerada del tren que pasa entre la arboleda de la Bombilla, entre las frondas del Campo de Recreo, gineceos del amor libre, donde el Madrid reidor y bullanguero escribe escenas de vida y amor, orquestadas por los bacanales acordes de los pianillos, cuyas notas repiten en la memoria de algún viejo viajero la visión amorosa de los pasados días juveniles. El tren corre. Bajo sus férreos pies los ojos de un puente aprisionan las aguas del Manzanares, pasajero silencioso perdido en la llanura mortecina, alentada unos instantes por el jubiloso pitar de la locomotora para caer amortajada en el oscuro sudario, tejido por las primeras sombras de la noche. Miro al cielo; la luna clarea su media faz de polichinela á través de sutil nubarrón en un firmamento bordado por el tenue luminar de madrugada estrellas, y en las lejanías del Poniente, esclarecido por los últimos reflejos del sol, se pinta la raya sinuosa de las altas cumbres del Guadarrama: cuyos picos besan los cielos con beso misterioso, incensado por las azulosas vaporosidades del anochecer en medio de las armonías del mundo estelar.

Soplo vendavalesco, saturado de oreadores aromas robados á la vegetación de la montaña, reconditea en los pulmones alientos de vida sana, feliz y vigorosa. Hotelitos desparramados por las laderas, semejan viviendas de liliputiense ciudad, que matizan la vida agreste silenciosa y callada de los campos con una pincelada de bullidoras costumbres cortesanas. La tarde en su estertor postrero, siluetea extensos pinares de redondas copas que descienden hasta los valles como un manto de eterno, perenne verdor.

La obscuridad cierra los ojos á la ilusión viajera. A través de los polvorientos cristales de la ventanilla, vislumbro el lejano cabrilleo de las lu-

ces de los poblados en el fondo negro de obscura noche.

Velados por la luz soñolienta de la farola empostrada en el techo del coche, mis compañeros de viaje duermen ó parecen dormir. Yo también deseo dormir, pero mis deseos se dislocan en las trepidaciones monótonas del caminar. Queriendola mariposilla revolotea alrededor de la luz cabrioles de loco aletear, como si deseara enseñarme el mundo de las quijotescas ilusiones. Voz vendedora pregonera para los viajeros un reparo de media noche al parar el tren que nuevamente resopla sus calderas, como un fantasma de la noche que rompiera el silencio de los campos segovianos para desvanecerse al beso de la luz en tierras valisoletanas.

Amanece. El oriente esfuma los rosados tonos que acompañan la salida del sol. El astro dios se eleva con serena unción, como hostia de oro levantada de la sima del infinito por manos invisibles para ser adorada en el altar sacrosanto de la Naturaleza que sonríe.

En un descampado, sin más compañía que los gorriónes anidados bajo sus brillante tejas, una casita blanca, alegre y coquetona, levanta con gentileza su pequeñez asomando por sus ventanitas puñados de rosas y claveles. Es una estación, una de esas estaciones diminutas, sin magnificencia, pero de una poesía suave odorífera, complaciente, más agradable cuanto más silenciosa, más poética cuanto más humilde. El tren reanuda su trashumante caminar; atrás, queda la estación solitaria, rincón tal vez de amores más solitarios todavía, anidados en el corazón de una doncellita que asome su carita flor entre las flores de sus ventanas para buscar, con ojos anhelantes de enamorada platónica, una mirada acariciadora en el pasar viajero de los trenes.

Los trigales retostados cabecean sus espigas de oro. Las viñas jironean con el verdor de su hoja, el tono amarillento de los rastrojos mutilados por la hoz segadora. El sol materniza la tierra en un abrazo silencioso y fecundador, ardiente y calenturiento. La locomotora pita jubilosamente espantando las aves que pían en los hilos telegráficos y el rumor siseante que la brisa acuerda en el aleteo de las hojas de los chopos ribereños pareceme música suave, sonata arrulladora de epitalámicas canciones. Es un cuadro de amor, vida y trabajo, que inmortalizaría á un pincel paisajista.

Para el viajero, para el turista, la Naturaleza no tiene secretos. A mis ojos se muestra en viviente cinta cinematográfica recorrida al errante pasar. Ahora, las soledades de una llanura esté-

ril, con sus pobres tierras, cadavéricas, sin verdor, sin árboles, sin vida, sin más vida que la vida sonante de las esquilas que pacen las rastrojeras, bajo los rayos de un sol de verano. La mudez de aquellos campos cuya llanura se pierde en mi horizonte, se desvaneció para hablarme con una voz seca, débil, apagada por la sed, un murmurar de olvidos, incurias, desaciertos; en un rumor triste y afligido, que me hizo pensar en la vida decadente de los pueblos holgazanes, rutinarios ó enemigos del avance civilizador. A los lados de la vía, casuchas de barro, covachuelas hundidas en la tierra respiran un hilo de humo escandalizador de la miseria de sus habitantes. Estas viviendas pareceme mendigos de los campos que esperan alimentarse de las migajas del viajero. El tren huye. Sobre la cumbre de un cerro un ruinoso castillo enseña sus derruidos torreonnes y sus mordidas paredes por el diente agujereador de los tiempos. La locomotora, hija legítima de la edad moderna, no hace caso de los testimonios del pasado y sigue imperturbable su camino, corriendo, corriendo como si la empujaran las furias de Aquilón.

Comienzan á verse los primeros escalones de la Montaña para quien el insigne Pereda ofrendó todos sus talentos. *Peñas Arriba*, el tren, recalentado por los rayos abrasadores de un sol cenital, centellea respirares de monstruo enfurecido. Las alturas de Reinosa consuelan con sus vientos refrescantes y en la fonda de la estación se apetece una comida abundante, bien servida y económica.

Rugosa superficie desgarrada por los cortes oblicuos de sus montes, reverdece en las vertientes su vegetación salvaje. Peñascales gigantes, riscos elevados, semejan pétreas musculaduras, sobre las cuales el buitre cierne su vuelo para olfatear la presa. Las nubes esconden en su seno las cumbres de las más elevadas montañas; nubarrones blanquecinos, más bajos que los altos picos jironean el azul celeste y entre el espacio divisorio de dos laderas la vista divisa los Picos de Europa, gigantes monolitos fabricados por terrible, geológica conmoción, en la noche de la Prehistoria.

Mi viaje finaliza. El tren cruza ya el pintoresco valle de Iguña. Como un himno al trabajo se oye la canción animadora del segador, acompasada por el metódico movimiento del dale que corta la hierba. Una ráfaga de aire refrescante, oxigenador, vital, me hace paladear con gusto *el sabor de la tierra*.

El tren continúa su marcha, lenta, majestuosa, con esa lentitud mayestática de las cosas serenas, poderosas, invencibles.

VICENTE HENCHE Y YAGÜE.

EL AHORRO EN BÉLGICA

La «Caja de Ahorros» y retiros, fundada en 1865 por M. Frère Orban, ha recogido cifras verdaderamente asombrosas, llegando en la actualidad á haber depositados en ese centro 764 millones, repartidos en 2.265.000 libretas, además de 324 millones de títulos inscritos.

Esa enorme suma, es resultado del ahorro, puesto que la cuantía del 83 por 100 de las libretas es inferior á 500 francos. Hay, pues, una libreta por cada tres habitantes, es decir, que el número de ellas es mayor que el de familias belgas.

El ahorro diario excede de 900.000 francos y solamente los niños de las escuelas han acumulado, con imposiciones de cinco céntimos, la cantidad de 10 millones de francos.

Se cuentan unas 6.000 Sociedades de seguros contra enfermedades y figuran en sus listas numerosos afiliados.

Demuestran esas cifras que Bélgica es acaso la nación más próspera y económicamente mejor organizada de toda la tierra y que allí, si existen, son contados los pobres de solemnidad.

Ocioso es advertir que las cifras recogidas envuelven enseñanzas, que no deben pasar inadvertidas para los sociólogos y cuantos se interesan por el mejoramiento del haber de las clases populares.

C. L.

REFORMA DE COSTUMBRES EN EL SIGLO XVI

Las disposiciones oficiales encaminadas á la reforma de las costumbres datan de muy antiguo. Sólo que en otros tiempos, con las erradas ideas que entonces se tenían en materia económica, esas disposiciones solían afectar á los detalles más íntimos de la vida, y, con frecuencia, tenían además un carácter de proteccionismo que, por lo exagerado, resultaba á la larga perjudicial para la misma industria patria.

Un ejemplo de ello es la pragmática de la fecha arriba apuntada.

El insaciable deseo del placer, que jamás se satisface, y el ansia de brillar y ser notado en sociedad, arrastran al hombre, y sobre todo á la mujer, á extremos tales, que á no ser por el freno que imponen las leyes, llegarían al paroxismo en este afán inconsiderado de exhibición.

Así sucedió en el siglo XVI, durante los primeros años del reinado de Felipe II.

Las fastuosidades que la Corte del emperador Carlos V había traído á España desde Alemania; la ostentación de riquezas de que hacían gala los aventureros que volvían en la opulencia desde el Nuevo Continente; la influencia de las costumbres francesas é italianas; los mismos tesoros que los galeones procedentes de Nueva España desembarcaban en las costas gallegas y andaluzas, dieron ocasión á que se desarrollase en la península una fiebre de lujo tal, que hasta las hijas de los menestrales usaban telas y adornos que competían con los esplendores de la realeza.

A tal extremo se llegó en esto, que hubo dama principal que puso en sus chapines *altas* ó tacones de oro y bordó sus vestiduras de pedrería fina con tal profusión, que á simple vista no se podía saber de qué clase de tela estaban hechas.

Randas de los encajes más costosos cubrían sus guardapiés hechos de lama de oro y plata; finísimas telas de Flandes, á peso de oro adquiridas, constituían sus ropas interiores; la seda y el terciopelo aprisionaban el talle de nobles y plebeyas, y en zarcillos y collares empleábanse verdaderos tesoros de perlas, diamantes y esmeraldas, recargando hasta la exageración el busto deshonestamente descubierto.

Mientras el lujo se enseñoreaba en el reino, arruinando á las casas más opulentas, el pueblo, que copia lo que ve, seguía el ejemplo con irreflexión tanta, que muchas veces se pagaba con la honra la falda de brocado ó el joyel que cerraba el escote. Y como el trabajo no bastaba á cubrir los apetitos de la vanidad, y por amor al lujo, el pueblo se empobrecía cada vez más, hasta el extremo de no poder pagar los pechos y alcabalas que sufragan los gastos del Estado, el rey se vió en la necesidad de dictar con fecha 17 de Octubre de 1563, una pragmática en la cual se ponía coto á estos excesos de lujo y ostentación.

En ella condenaba Felipe II el uso de paños recamados de oro y pedrería, *como vano y costoso alarde de soberbia que servía como dogal á la honestidad, con gran perjuicio para la república*; ordenaba que las damas de la Corte *aun las de más alto linaje y abolengo, fuesen modestas en el vestir y recatadas en sus personas, porque de suyo es el recato joya la más valiosa de la mujer* y porque el desmedido lujo inducía á la plebeya á elevarse de su condición á costa del trabajo de los suyos, de su propio bienestar y de su misma honra; marcaba cuáles habían de ser las telas con que se vistiese de ordinario y las reservadas para gala: encarecía la necesidad de fomentar la industria nacional de paños y telas, *enferma de no poder sostenerse comprando á pueblos extraños desde el calzado á la camisa*, y el dinero de Espa-

ña marchaba íntegro á Flandes, Italia y Francia, según salía del fondo de los galeones.

Prohibía igualmente á los hombres los greñescos acuchillados de seda de vivos colores; los ferruelos de terciopelo con broches de oro y diamantes; la pedrería en botones y presillas de sus coletos; las espuelas de plata y oro, así como los guantes de ámbar y las calzas de punto alemán, *tan costosas hoy que por su precio puede comprarse todo el vestido del más garrido caballero.*

No se limitó esta pragmática á reformar las costumbres de la nobleza, sino que, tomando carácter general, descendió al pueblo contaminado del vicioso ejemplo de los nobles, y que amenazaba con sobrepujar en escándalo y libertinaje á las crapulosas orgías que tenían por teatro la corte de Francia.

A este fin, prohibía en absoluto que los pecheiros vistiesen de velludo y terciopelo, de sedas y encajes, habiéndose de circunscribir á las telas de paño tejidas en España y á las telas de algodón que salían de los talleres nacionales, estableciendo *una saludable diferencia entre los que son de sí favorecidos por la suerte y los que á Dios plugo mantener en medianía, á la cual se han de ajustar y someter con humildad y buen contento, cual conviene á los que han fée en Cristo Señor Nuestro.*

Alguien hubo de indicar al rey lo duro que parecía contrariar por modo tan expreso y radical las costumbres populares, á lo cual contestó Felipe II:

«—El príncipe no ha de fiar en la confianza y cariño de su pueblo, sino mirar por su salvación y ponella á buen recaudo de los vicios, para que no se extravíe en su propio pensar. Así, como padre ha de proveer á sus necesidades y como maestro corregille y enmendalle en lo que fuese menester. Desto ha de curar más que de su propio bien, porque Dios le dió el regimiento de sus vasallos para su cuidado y regimiento.»

A partir de entonces, el vestido de los nobles fué severo en el corte y el color, y el austero don Felipe impuso la moda desterrando del reino la lujosa indumentaria importada del extranjero.

ANTONIO PAREJA SERRADA.

EL ROSAL MAS ANTIGUO DEL MUNDO

Es curioso el conocimiento de esta planta del género de las dicotiledóneas. En la cripta de la catedral de Hildesheim (Hannover) fué plantada á principios del siglo IX por el Emperador Ludo-

vico Pío cuando su padre Carlo Magno estableció allí la silla episcopal.

Los documentos que probaban este hecho fueron quemados en el incendio que sufrió la referida catedral en 1013. El obispo Hezilo que la reconstruyó, trasplantó el rosal á una caverna que aún existe, sobre la cual se construyó la cripta en 1601.

En el año 1804 tenía el tronco del rosal ocho metros de altura y sus ramas cubrían diez metros de la parte exterior de la pared de la cripta.

Es verdaderamente prodigioso que no haya perecido en aquella catacumba sin la suficiente luz y aire. Sin embargo, hace pocos años se temió que tanpreciado árbol fuera perdiendo vitalidad, pero al poco tiempo echó nuevas ramas.

Bien merece delicada vigilancia el más anciano de los aromáticos vegetales.

BATURRADAS

—Adios tío Garricas.

—Hola señá Moñicos: ¿p'ancia onde se va tan trempano?

—¡Qué mi sió! á ver qué icen por el pueblo de eso de los duros.

—¡Le p'á V. qué juada! Pus no ice el señor Notario que mus quearemos sin duros.

—Pus pa los que había en el pueblo...

—Amos ¡no gimotee siñora! que masiau sabemos que tié V. guardáas unas medias repleticas de duros.

—¡Osús madre! No, maño, no; no creas tales patrañas.

—No, si no lo diré á naide: pero escuche V., que ahí viene el pregonero con un bando...

BANDO

Yo, MAMERTO MELONES DE CUELGA, Alcalde constitucional de esta muy honrada, aunque algo sucia villa, vengo en icir:

1.º Que teniendo en cuenta las pasadas rigoluciones, de hace días, con motivo de los duros malévolos, i determinao que too vecino que tenga en su poder un duro—que masiau me sé que serán pocos—se haga cuenta que no lo tiene, y s'evitará disgustos.

2.º Tóo aquél que no estuviá conforme con esta determinación, y siga creyendo que tié duros, que los traiga á mi domicilio y me los entregue, que yo le haré el cambio aseguía.

3.º Mi Secretario será el encargao de llevarlos toos á la ceudad pa que allí se los examinen y nos digan si son güenos ó malos, y asegúa que vuelva—que ya pasarán un par de años—me comprometo á entregarlos otra vez, á caa cual el suyo, si es que pa intonces estubia de alcalde, que lo dudo, porque de lo contrario, ya los degolverá el que entre.

¡Vecinos de Villa-Mendrugó! Podeis quear agradecíos de vuestro alcalde, que lo es

MAMERTO.

—¿Qué le paice á V. tío Garricas?

—Que mi quedao patidifuso y que primero le doy mis duros al señor Retor, pa misas por mi suegra, que llevaselos al arcarde.

—Pus á mi no me la dan ni m'engañan con eso de los cambios. Ya idearé algo que me convenga. Soy capaz hasta de irme á pié á Madrí, pa cambialos yo mesmo.

—Amos, no diga V. burradas, señá Moñicos, que pué V. hacer otra cosa muchísimo güena. ¿Qué hay que hacer, cambialos?

—Eso icen.

—Pus los saca V. de las medias, los mete en unos calcetines y me los entrega á mí. ¡Pa qué quí V. más cambio!

ALFREDO JUDERÍAS.

Agosto-25-908.

LA SIERRA DE GREDOS

Muchas son las bellezas naturales que atesora España, pero son desconocidas de la casi totalidad de los españoles y á los que las han visto, les son indiferentes; sin embargo, se extasían en el extranjero, al hacerles contemplar regiones ó sitios que no llegan á igualar á los encantos que hay cerca de sus casas. Cuando alguno de esos hombres estudiosos y amantes de su tierra dá alguna conferencia ó escribe algún artículo, describiendo alguna de esas hermosísimas regiones en las que la naturaleza fué tan pródiga con nosotros, muchos de los que le oyen ó leen, creen que aquél apologistas se aparta de lo real y deja volar la imaginación pintando cosas que no existen. Para que no se nos tilde de soñadores, diremos poco de lo mucho bueno que hay cerca de Madrid, en la provincia de Ávila, tan olvidada y tan digna de ser visitada. En dicha provincia y en los términos de Guisando, Navarredonda, Hoyos y otros, está en-

clavada la extensa y célebre sierra de Gredos, notable bajo diferentes aspectos y casi desconocida. La formación granítica del terreno, ha modelado una extensa muralla, cuya terminación son crestas y al espacio comprendido se le llama Circo de Gredos. La llamada Peña de Almanzor está á 2650 metros de altura sobre el nivel del mar. En aquella elevación se halla una notable y célebre laguna, encontrándose otras cuatro más abajo.

La ascensión, que no deja de ser penosa, está espléndidamente compensada por el panorama que desde aquellas alturas se descubre. Por ellas cruzan cabras monteses, de la especie casi extinguida llamada «Capra Hispánica,» á las que parece irá á cazar S. M. el Rey.

No describimos este amenísimo sitio, como tampoco lo hecemos de otros de la tan celebrada sierra, porque no es ese nuestro objeto y nos llevaría muy lejos de nuestro propósito.

Los pueblos que circundan la sierra y que están á una altura de 1500 á 1600 metros, brindan con su hospitalidad á los turistas, y en aquéllos la salubridad es muy buena, sobre todo, á los que padecen de tuberculosis ó están predispuestos á contraer tan terrible enfermedad, pues el clima de altura y los alimentos sanos y nutritivos son el mejor específico para combatirla. El aire puro y aséptico que por aquellos lugares se respira hace de éstos un sitio inmejorable para construir un sanatorio. Para esto la naturaleza lo hace todo.

Como sucede en algunos parajes de España y que son el asombro de los extranjeros, en la vertiente Sur se cultivan olivos, granadas y naranjos, teniendo poco menos que á la vista, y á muy poca distancia, la región de las nieves perpétuas.

En resumen, lo que en el centro de la península constituye la Sierra de Gredos, es un paraje delicioso para veranear, es eminentemente sano, está muy por encima de los lugares más celebrados de Suiza, es verdad que no hay el confort de sus lujosos hoteles y no es punto de moda, pero el que sabe prescindir de estas frivolidades, el que va á buscar la salud y á oxigenar su sangre, el que desea gozar la vida del campo en sus sitios más agrestes, el que es aficionado á las ascensiones á sitios cubiertos de nieves perpétuas, donde el horizonte es tan vasto que comprende bastante territorio de seis provincias, que vaya á la Sierra de Gredos, donde encontrará eso y algo más, seguros de que cederá al encanto de aquellos amenos sitios, convirtiéndose en asíduo concurrente porque una vez visto aquello, no se olvida y se conserva un recuerdo grato y placentero.

R. DE H.

ÁRBOLES SANITARIOS

Conviene saber que el *eucalyptus*, este grande y bello árbol que procedente de Australia, ha sido introducido en nuestro país, tiene la sorprendente y preciosa virtud de sanear el aire de las localidades en las que se cultiva en grupos considerables, y de los cuales podemos hacer constar que en algunas poblaciones que los cultivan, han producido resultados verdaderamente medicinales.

Hace desaparecer las fiebres palúdicas y los mosquitos y otros insectos dañinos, verdaderas plagas de algunas localidades. En todas cuantas villas se han plantado y cultivado debidamente, no han tardado más de cuatro ó cinco meses en hacer constar los médicos de las poblaciones sus beneficiosos resultados.

Su altura máxima suele ser de 50 á 60 metros, con raíz fusiforme, hojas ovales-oblongas, flores blancas, muy pequeñas, de olor balsámico.

Este magnífico y corpulento árbol del que existen catorce variedades, puede cultivarse de asiento en todo el litoral de nuestras provincias meridionales, no sólo por su hermosura, sino por su madera, tan dura y tan densa, ó más, que la encina.

Los meses más á propósito para la siembra son Mayo y Junio. Esta se efectuará echando la semilla en tiestos de grandes dimensiones, procurando que estén á la sombra y nunca debajo de árboles.

Recomendamos su plantación á cuantos dispongan de terrenos, con ello harán un beneficio grande á la humanidad.

Afortunadamente en Extremadura alta se van haciendo muchas plantaciones. Está demostrado que el cocimiento de hojas del *eucalyptus* corta la fiebre palúdica.

En La Parra, (Ávila) existen unos ejemplares magníficos que atraen las miradas de todo viajero.

Hay que multiplicar el arbolado. Lamentable es la punible indiferencia con que se mira en general; indiferencia tan perjudicial á la masa productora como á la consumidora.

Deseamos vivamente que en España el Gobierno señale primas pecuniarias ó recompensas honoríficas á los que se distinguen en el desarrollo del arbolado, que es uno de los más excelentes ramos de la industria de las naciones.

TIBERIO GRACO.

78.000 KILÓMETROS EN AUTOMÓVIL

Un inglés, Mr. Edge, y un norteamericano, Mr. Glinden, este último acompañado por su mujer, comenzaron en 1901 un viaje en automóvil, que aun no han terminado, y en el que llevan andados, como he indicado, 78.000 kilómetros, recorriendo treinta y cinco países distintos.

Han llegado hasta el círculo ártico en Suecia y por el Sur hasta la parte más meridional de Nueva Zelanda.

El trazo de camino desde Minneapolis á Vancouver le recorrieron por la vía del *Soo and Canadian Pacific Railway*, en la misma forma que un tren especial, y alcanzando velocidades mayores que las de los más rápidos expresos.

Excusado parece advertir, que para este trayecto iban provistos de ruedas especiales, que adaptaron al automóvil, pues con los neumáticos ó ruedas macizas no hubiera sido posible evitar un descarrilamiento.



VENTROSA DE LA SIERRA

LEÓN:

Establecimiento tipográfico de Mariano Garzo

Calle de San Marcelo, núm. 2

1908